

Semillas heredadas

Karla Rodríguez Cortés (Enid Farville)





Era una vez un pueblo muy lejano, llamado San Pablo Coapan, donde sus habitantes acostumbraban a sembrar diferentes cultivos, como frijol, café, maíz, entre otros, pues la tierra era muy prodigiosa. Un día, un señor llamado Juan decidió sembrar un tipo de chile serrano al que lo llamó “chile san pableño”, de manera que

comenzó a esparcir la semilla en un espacio limpio de hierbas y, después de algunas jornadas, las plantitas empezaron a brotar de la tierra.

Diariamente, don Juan regaba su plantel para que las plantas de chile crecieran más rápido, hasta que se llegó el momento de cortar sus frutos. El agricultor estaba muy emocionado, ya que había logrado su cosecha; cosechó los chiles y, enseguida, mandó a sus hijos a venderlos. Al pasar varias horas, don Juan comenzó a preocuparse, pues estos no llegaban. Se preguntó dónde estarían, si les había pasado algo. Pasados unos minutos, sus hijos aparecieron muy emocionados, pues habían logrado vender todas las bolsitas de chile que su papá les había encomendado.

Pasó el tiempo y don Juan siguió sembrando el mismo chile, y cada vez incrementaban más sus clientes, ya que este tipo de pimienta tenía un sabor muy particular.

Una noche, aparentemente como las demás, llegó a su casa un grupo de turistas, lo que sorprendió a don Juan...

—¿Quiénes son?, ¿A quién buscan? —preguntó.

—Buscamos a don Juan, el señor que siembra chile san pableño, porque queremos que nos enseñe todo sobre el cultivo de este sabroso chile. ¡Queremos aprender! —exclamaron los turistas.

Don Juan, muy emocionado, asintió y continuó platicando con ellos. Al entrar a su casa, le comentó a su esposa, quien mostraba cierto recelo, “¿A qué se debía la visita de los turistas?”

Al siguiente día, todos se levantaron muy temprano; mientras su esposa, doña Isabel, hacía comida y agua suficiente para los visitantes, y sus hijos y don Juan prepararon la tierra.

Los turistas llegaron y, de inmediato, comenzaron a presentarse, a lo que correspondieron los hijos de don Juan: el mayor se llamaba Jesús y tenía quince años; el segundo, José, de doce años y, la más pequeña, Renata, de seis años. Después, don Juan comenzó a explicarles el proceso de la siembra, al mismo tiempo que esparcía las semillas sobre la tierra, previamente preparadas, con la ayuda de sus hijos. Conforme realizaban la tarea, el campesino les explicaba y resolvía cualquier duda que tuvieran.

Llegó la hora de la comida y doña Isabel y su hija Renata comenzaron a servir sabrosos platillos; todo era delicioso. Eso decían los turistas, mientras hablaban de la enriquecedora clase que estaban recibiendo con don Juan. Una vez terminaron de comer, doña Isabel levantó la mesa y empezó a lavar los platos. Como de costumbre, lavaba los platos con muy poca agua, ya que había escasez por la falta de lluvia. Conscientes de la situación y con gran sentido de responsabilidad, siempre trataban de ahorrar el agua lo más que podían, de manera que les alcanzara para bañarse, limpiar, lavar ropa y demás actividades cotidianas.

Al anochecer, cuando terminaron de sembrar, los turistas se retiraron y la familia se organizó para cenar, bañarse y poder acostarse temprano, como habitualmente lo hacían, sin prácticamente requerir de la luz artificial.

Un amanecer, don Juan no se levantó de la cama. Decidió descansar un rato más, ya que se sentía un poco mal. Envío a sus hijos a trabajar con el chile: unos a cortar y otros a vender. Juntarían el dinero necesario para a ver al médico. En la tarde, en compañía de doña Isabel, acudió al consultorio. Después de checarlo, el médico guardó silencio por unos segundos, por lo que don Juan se preocupó y le preguntó:

—¿Todo está bien? ¿Pasa algo?

El galeno le contestó que tenía un problema grave en el corazón. Al saber que no había nada más que hacer, don Juan y doña Isabel no pudieron contener sus lágrimas.

Una vez en su casa, Jesús le preguntó a su mamá qué le ocurría a su papá. Doña Isabel decidió comentarles cuál era el diagnóstico, por lo que sus hermanitos comenzaron a llorar desconsoladamente. Después de un rato, Jesús les dijo a sus hermanos:

—No debemos llorar, mejor apoyemos a nuestros padres; yo, al ser el mayor, me comprometeré a poner en práctica todo lo que mi papá nos ha enseñado.

Al día siguiente, Jesús se levantó más temprano que nunca para continuar cuidando el chilar. Después se bañó y se fue al Teba, pues estaba estudiando el segundo semestre. Aunque se encontraba en clases, sus pensamientos estaban con su familia. Estaba tan triste que sus compañeros y sus maestros se percataron de que algo no estaba bien y le preguntaron qué le pasaba. Él, con lágrimas en los ojos, les contó y aprovechó para pedirles permiso de no asistir algunos días a la escuela, ya que a partir de ahora tenía que trabajar para sostener a su familia. Como Jesús era un estudiante muy bueno, los maestros aceptaron, siempre y cuando no descuidara sus estudios.

Días posteriores, al llegar a su hogar, Jesús vio que su papá había empeorado. Con toda la preocupación y tristeza, se encaminó para cuidar el chilar. Al volver del sembradío, después de comer, su papá le dijo que presentía que ya se acercaba su fin. Don Juan le dijo:

—Jesús, te voy a pedir un favor: quiero que te encargues de la familia como lo has hecho, que nunca los dejes solos; quiero que le sigas echando muchas ganas a la escuela, porque uno de mis mayores deseos es que en un futuro te conviertas en ingeniero agrónomo. —Jesús, con los ojos llenos de lágrimas, se lo prometió.





Era la hora de cenar y doña Isabel le habló a don Juan para que fuera a comer, pero este no le respondió, por lo cual lo fue a buscar y se encontró con la terrible escena: don Juan había fallecido. Todos estaban muy tristes y desconsolados, pero sabían que debían cumplir la voluntad de su padre, tenían que echarle muchas ganas, pues don Juan quería que salieran adelante y que no se olvidaran de seguir cultivando la tierra.

Después de un tiempo, Jesús pensó que, para continuar con el legado de su papá, podría influir en sus vecinos para que cultivaran el chile san pablo y así este cultivo siguiera formando parte de las mesas en la región. Para lograr su propósito, les contó a sus maestros que tenía un proyecto de sembrar chile en la escuela y que la cosecha la repartiría entre sus compañeros, a fin de obtener más semilla y poder reproducirlos. A los maestros les pareció una excelente idea y así lo hicieron.

Tanto fue el éxito de este proyecto que, con el paso de los meses, la escuela fue seleccionada para instalar un macrotúnel agrícola para cultivar el chile en este.

Todos los alumnos estaban comprometidos y entusiasmados con el proyecto, en el que participaron con gran entusiasmo. Jesús se sentía muy contento y sabía que con esto estaba cumpliendo con el legado de su padre.

Con el paso de los años, Jesús ingresó a la Universidad Veracruzana y se convirtió en un excelente agrónomo. Todas sus investigaciones las centró en el cultivo y difusión del chile san pablo.